

# LA PRESENCIA DE LA URSS EN EL MEDITERRÁNEO (1945-1990)

Fernando Castillo Cáceres

*Jefe de la Unidad de Estudios del Centro de Publicaciones*

Desde los últimos meses de la Segunda Guerra Mundial, durante los cuales surgen los primeros síntomas de lo que más tarde se conocerá como la guerra fría, el Mediterráneo se convirtió en un teatro de segundo orden en el seno del conflicto, una consideración que se prolongaría en la futura rivalidad Este-Oeste y en la política exterior soviética. A esta situación contribuyeron, entre otras causas, una serie de fenómenos tal que la incapacidad soviética para alcanzar las orillas del *Mare Nostrum*, a lo que colaboró la autoliberación de Yugoslavia por las fuerzas de Tito, y el rechazo por los aliados del plan de Churchill de abrir un segundo frente en los Balcanes, el llamado «vientre blando de Europa», con la intención de alcanzar el corazón del continente y evitar el avance soviético hacia Alemania. La intervención británica en la guerra civil que mantenían en Grecia desde el año 1944, comunistas y monárquicos en apoyo de estos últimos, junto a los acuerdos surgidos de Yalta y Postdam, acabaron por confirmar el alejamiento de la URSS de la zona.

En el año 1945, la URSS no consideraba al Mediterráneo como un teatro principal, sino como una región subordinada a los intereses soviéticos en Europa Central y en especial al objetivo primordial de su política exterior, la creación de un *glacis* de seguridad que, a modo de cinturón, impidieran nuevas agresiones sobre el territorio de la URSS. A pesar de ser ésta finalidad la *última ratio* de la política de Moscú, no se descuidaban otras áreas de menor interés en las que pudiera afirmarse la influencia soviética, demostrando un gran sentido de la oportunidad a la hora de aprovechar los acontecimientos.

En lo que se refiere al área mediterránea, la falta de los medios adecuados, es decir de una flota equiparable a la condición de potencia, impedían que las reivindicaciones formuladas por Stalin sobre las colonias italianas de Libia o, más seriamente, acerca de los estrechos turcos, fueran acompañadas de la adecuada presión. Por el contrario, los aliados occidentales mantenían un firme control del Mediterráneo por medio de la Marina británica, pronto relevada por la *US Navy*. La primera aparición estadounidense en el *Mare Nostrum* se registró en una fecha tan temprana como en el año 1946 por medio de un portaaviones, acompañado al poco tiempo por el acorazado *Missouri*, enviado con la finalidad de demostrar el apoyo occidental a Turquía ante las presiones soviéticas. Estos acontecimientos así como los desarrollados en Irán en el año 1946 (1), demostraban como, en estos primeros años de posguerra y de guerra fría, el Mediterráneo a pesar de su carácter secundario también era un área conflictiva con capacidad de influir en las relaciones entre los dos grandes. La culminación de la

---

(1) Castillo, Fernando, «La guerra fría en Irán» en *Boletín de Información* del CESEDEN número 125, Madrid, 1989, pp. 85-98.

inestabilidad en la región llegó con la guerra civil griega, la cual estimuló en Occidente una firme actitud frente a la URSS dando lugar a la formulación de la doctrina Truman por Estados Unidos, cuyo Gobierno había aceptado desde el año 1946 como estrategia global la *contención* de George F. Kennan (2). Para muchos historiadores estos sucesos señalan el comienzo de la guerra fría que había de extenderse con altibajos hasta 1989-1990, momento en el que culmina el proceso de desintegración de la URSS.

A pesar de los temores y las declaraciones de los gobiernos de Estados Unidos y Gran Bretaña, la URSS no apoyó directamente a los guerrilleros comunistas griegos del ELAS, dejando esta tarea a los yugoslavos, consciente de su debilidad al no poseer una Flota comparable al Ejército, ante el cual se subordinaban todos los esfuerzos, y carecer de los respaldos adecuados en el área, pues Yugoslavia era demasiado independiente y nacionalista mientras que Albania, a la par que insignificante, resultaba excéntrica para servir de apoyo. A esto hay que añadir, como ya hemos señalado anteriormente, que Stalin no estaba dispuesto a correr ningún riesgo por apoyar un movimiento revolucionario fuera de su zona de influencia y de su control, de ahí que los comunistas griegos se vieran privados del respaldo soviético en todos sus aspectos. Para el líder ruso el escenario principal era Europa Central.

Su objetivo no era otro que garantizar la seguridad de la URSS ante una posible intervención en el área mediterránea, por otro lado bastante difícil de llevar a cabo, a cambio de consolidar el *glacis* europeo. El imperialismo de la Unión Soviética quedó sometido al imperativo de las circunstancias ya que la imposibilidad de Moscú para desarrollar un poder naval impidió una mayor expansión por un área cuya inestabilidad e indefinición política eran notables al finalizar el conflicto y donde el dominio británico, hasta entonces discutido, se encontraba en un acelerado declive. Esta decadencia culminó en el año 1946 con la expresa declaración de incapacidad por parte de Londres para continuar apoyando al Gobierno de Atenas frente al ELAS, siendo sustituido en esta tarea por Estados Unidos, quien ha convertido desde entonces al *Mare Nostrum* en un lago americano fruto del control establecido en una región que ha adquirido importancia estratégica creciente.

Aunque el Mediterráneo era una zona insegura —guerra civil griega, comienzo del conflicto árabe-israelí, inestabilidad italiana, separatismo siciliano, etc.— la incapacidad naval soviética en el año 1945 permitió que no fuera un área de choque directo entre el Este y el Oeste. Durante la década 1945-1955, la guerra fría se centró primordialmente en otros escenarios antes que en el *Mare Nostrum*, aunque esta región no permaneció al margen del conflicto entre Estados Unidos y la URSS. El Mediterráneo, en cambio muy pronto se convirtió en el lugar de contacto entre el Norte y el Sur, entre el Primer y el Tercer Mundo, completando con esta particularidad y con la tradicional rivalidad entre los dos bloques las características de la región durante los años 1945-1990.

En los primeros momentos de la posguerra, el Mediterráneo permaneció prácticamente al margen de los tratados defensivos con la excepción de Francia, un país miembro de la Alianza Atlántica y la Unión Europea Occidental (UEO) pero cuya condición de país ribereño no ha sido dominante en su política, por lo que se tuvo que esperar a las incorporaciones de Grecia y Turquía para que la OTAN estuviera presente en este mar.

---

(2) Gaddis, John Lewis, *Strategies of Containment*, Nueva York, 1982. Ver capítulo I.

Sin embargo, el control del área por Estados Unidos era tan evidente como su voluntad de permanencia, patente desde que en el año 1946 los navíos americanos retornaron al Mediterráneo y crearon el 1 de junio de 1948 la VI Flota. De esta forma, el Bósforo y los Dardanelos pasaron a estar controlados directamente por el Pacto Atlántico, el cual amplió el ámbito inicial de sus miembros al ingresar los dos países mediterráneos en el año 1951; al mismo tiempo la presencia militar americana aseguraba la aplicación de la doctrina Truman en los países ribereños. Los pactos entre España y Estados Unidos firmados en el año 1953 completaron el sistema defensivo de Occidente en el Mediterráneo Occidental, jalonando el mar con un rosario de establecimientos que permitió mantener la hegemonía de la Alianza de forma casi exclusiva.

Lo anteriormente expuesto no impide que el carácter del *Mare Nostrum* como zona de contacto múltiple, se viera completado por el rasgo de ser una zona gris, de polarización imperfecta, que no resultó claramente definida ni repartida en Yalta, y donde ambas superpotencias, a causa de la importancia estratégica del mar, se consideraban con derecho a intervenir. Es, desde el año 1945, como dice Claude Nigoul, un «espacio no encuadrado» y de conflicto generalizado (3), unas características que aún hoy continúan en su mayor parte.

La política de la URSS en el área mediterránea y concretamente en su zona oriental, la más cercana al territorio soviético, se redujo inicialmente a aprovechar cualquier circunstancia que permitiera ampliar la influencia de Moscú, muy limitada a causa de la escasez de medios, léase flota, para llevar a cabo una política de prestigio. Durante la década 1945-1955, la estrategia de la URSS consistió en contrarrestar en la medida de lo posible el poder e influencia de Estados Unidos en las aguas mediterráneas, vitales para la seguridad soviética. Al mismo tiempo, Moscú desarrolló una acelerada política de construcción naval que permitiese en el futuro rivalizar con Occidente en esta región.

Los intentos de la Unión Soviética por extender su influencia por el Mediterráneo chocaron con los temores de Stalin de provocar a Occidente, de ahí que permitiese la separación del régimen yugoslavo de Tito sin mover un solo tanque, al contrario de lo sucedido en otras zonas del cinturón de seguridad europeo. Si el líder soviético hubiera decidido invadir Yugoslavia, la influencia de la URSS hubiera alcanzado el *Mare Nostrum*, aunque en un área secundaria y de escaso valor estratégico, al tiempo que hubiera supuesto la ruptura del estatus surgido de Yalta, con los riesgos que llevaba consigo una acción de este tipo...

Los dirigentes de Moscú, preocupados por buscar un aliado que permitiese romper el bloqueo que sufría la expansión soviética por el Sur, optaron por apoyar al recién nacido Estado de Israel. Stalin, sin duda confundido por las características del socialismo de los *kibutz*, creyó poder ejercer su tutela sobre el recién creado Estado judío y proceder a su posterior estalización. La inequívoca opción occidental de Tel Aviv puso de relieve el error de apreciación cometido por el líder soviético, el cual, unido a la actitud de Moscú en los sucesos de Irán, alejó la URSS de los países árabes. Mientras tanto, el control de la zona por Occidente se consumó con la inclusión de Turquía y Grecia en la OTAN así como con la creación del Pacto de Bagdad, quedando completada la red de alianzas destinadas a la

---

(3) Nigoul, Claude, «Un espacio no encuadrado», en *Revista Española de Defensa*, octubre 1989.

aplicación de la estrategia de contención (4) en el Mediterráneo y en las regiones que conforman el denominado «Mediterráneo ampliado».

Esta situación duró hasta el año 1955, momento en el que la URSS aprovechó la política antioccidental de los jóvenes oficiales de Egipto que, encabezados por Naguib y Nasser, se hicieron con el poder en el año 1952, así como los efectos subsiguientes a la Conferencia de Bandung, para introducirse en la zona. Todo ello al calor de los nuevos principios de la política exterior soviética que, desde la muerte de Stalin, concedía una importancia creciente al Tercer Mundo y en especial a los países árabes. El anticolonialismo y antioccidentalismo de Nasser fueron elementos básicos para estimular los intentos de penetración soviéticos en el área, muy favorecidos por la torpe política imperial y trasnochada de Francia y Gran Bretaña, la cual culminó con la intervención de Suez en el año 1956.

La presencia soviética en Egipto y su aparición en el área mediterránea a mediados de los años cincuenta, obedeció tanto a la búsqueda por El Cairo de nuevos aliados tras su aislamiento por el Pacto de Bagdad, como a la decisión de los nuevos dirigentes de Moscú de enfrentarse con el monopolio occidental en esta zona (5). Desde la llegada de Kruschev al poder, el Tercer Mundo y Oriente Medio adquirieron una importancia creciente en la estrategia soviética, condicionando cada vez más su política exterior, caracterizada desde entonces por su vinculación a la causa árabe. La URSS, como Estados Unidos, comenzó a ejercer en esta región una presión política aprovechando las crisis localizadas en la misma, al tiempo que manifestaba su voluntad de contrarrestar la abrumadora presencia de Occidente y en especial de Estados Unidos. Si la URSS quería ser una gran potencia, no podía dejar que el Mediterráneo fuera un lago exclusivamente americano. Imperativos políticos imponían al menos la necesidad de pasear el pabellón por sus aguas.

Todo esto, junto con la amenaza que para la seguridad de la Unión Soviética representaba la *VI Flota*, la cual, desde fines de los años cincuenta y debido a los SLBN (*Submarine Launched Ballistic Missile*) embarcados en los submarinos *Polaris* se había convertido en una amenaza estratégica, impulsó el espectacular desarrollo naval soviético, así como una decidida política de influencia y una voluntad de presencia en los países ribereños aprovechando los conflictos que el mundo árabe mantenía con Occidente.

Durante los años cincuenta, se produjo una explosión de anticolonialismo en la orilla magrebí del Mediterráneo siendo tanto en Túnez como en Argelia el enfrentamiento con la metrópoli cada vez más intenso. La firme actitud antioccidental de Egipto completaba la erosión de las posiciones occidentales en el área mediterránea que desde entonces no cesó de acentuarse. Este proceso culminó con la creación de varias entidades políticas con particularidades socio-económicas muy distanciadas de Occidente y en muchos casos en conflicto entre sí. (6)

---

(4) Zorgbibe, Charles, *La Méditerranée sans les Grands?*, París, 1980, pp. 10 y ss.

(5) Zorgbibe, Charles, *ibidem*, p. 14.

(6) Piccioni, Giasone, «La sicurezza del Mediterraneo. Possibilita e Opzioni», en *Mediterraneo: Politique et Strategie. Problèmes Politique et Sociaux* número 582, abril, 1988.

Mientras tanto, los acontecimientos se precipitaron, dando lugar a que el choque entre Nasser y Occidente se acentuase a causa de la ayuda prestada por el líder egipcio al Frente de Liberación Nacional (FLN) argelino y al enfrentamiento árabe-israelí, ante el cual El Cairo se mostraba decidido a mantener una política de firmeza. En el primer caso, Francia deseaba acabar con el régimen nasserista en la creencia de poder finalizar de esta forma con la rebelión argelina, mientras que Gran Bretaña, tan nostálgica como París del pasado imperial, no admitía su retirada de Egipto y la pérdida de influencia sobre el Canal. Ante esta situación, Nasser no dudó en tomar la decisión de aprovechar la competencia entre los dos bloques para afirmar su posición, inclinándose del lado contrario del que provenían las amenazas, al tiempo que obtenía ventajas concretas, especialmente en forma de ayuda técnica, militar y económica proporcionada por Moscú.

Por su parte, la URSS estaba preparada para atender las solicitudes de El Cairo. En abril del año 1955, una declaración del ministro de Asuntos Exteriores soviético justificaba la intervención de Moscú, debido a la creciente presencia estadounidense en el área del Próximo Oriente y del Mediterráneo Occidental, lo cual suponía una amenaza para la seguridad de la URSS por lo que una «contrapresencia» era totalmente legítima. Poco después de esta declaración, que revelaba como uno de los objetivos soviéticos en el Mediterráneo era contrarrestar el monopolio occidental en el mismo, se producía un hecho fundamental como fue el acuerdo entre Egipto y la URSS de septiembre del año 1955 para el suministro de armas, de origen checo, al régimen nasserista. Este acuerdo sorprendió a Occidente, desatando el temor de Eisenhower a que se registrara un desequilibrio regional en el que resultaran perjudicados los intereses occidentales y se produjera un avance de Moscú, todo ello contemplado desde la perspectiva de la estrategia de contención de la URSS seguida por Estados Unidos desde el año 1946.

Aunque los temores del presidente americano quizá fuesen excesivos, no hay duda que el acuerdo egipcio-soviético tuvo un notable alcance político ya que supuso el acercamiento de la Unión Soviética al mundo árabe a través de un país de gran prestigio e importancia en el mismo al ser Egipto tradicionalmente el nexo entre África y Oriente. Igualmente, el acuerdo se convirtió en un ofrecimiento público de ayuda a los países del Tercer Mundo en su enfrentamiento con Occidente. La URSS también había conseguido romper el monopolio que detentaba Gran Bretaña en el comercio de armas al Próximo Oriente, al tiempo que frenaba la política occidental encaminada a unir a los países árabes en el Pacto de Bagdad (7). La torpeza y la actitud neocolonial europea y el imperialismo de Estados Unidos, permitieron la paradoja de que la URSS apareciera como una potencia anticolonialista y antiimperialista a los ojos de los árabes.

La Unión Soviética, a pesar de su debilidad naval y la escasa influencia conseguida en el área, compensó sus carencias con una acción diplomática continua, lo cual suponía presionar constantemente sobre Occidente supliendo de esta forma las deficiencias señaladas. Los reducidos medios de Moscú sabiamente empleados aprovecharon tanto el desarrollo del anticolonialismo, fuertemente impulsado en el Tercer Mundo desde el año 1955 por la Conferencia de Bandung, como los errores de Occidente, especialmente de Gran Bretaña y Francia, quienes, frente a los países árabes, unían a su condición de antiguas potencias coloniales la de ser aliados de Israel. Por su parte, Estados Unidos

---

(7) Zorgbibe, Charles, *op. cit.*, p. 13.

colaboró a la conversión de la URSS en el paladín de la libertad del Tercer Mundo al identificar los movimientos de liberación anticoloniales con «maniobras comunistas» y al interpretar todos los acontecimientos de Asia y África a la luz de una simplista teoría conspirativa que situaba su centro en el Kremlin, olvidándose de los procesos sociales, económicos y políticos que se estaban produciendo, fruto de condiciones históricas previas.

Conviene recordar que en el año 1955, tras la Conferencia de Ginebra, se produjo un acuerdo entre las superpotencias que confirmaba la vigente división de Europa, la cual apenas resultó modificada por el Tratado firmado entre la URSS y Austria al año siguiente; sin embargo, el resto del mundo se convertía en un campo de batalla, diplomático al menos, donde los dos grandes podían maniobrar y ganar terreno el uno al otro. La URSS, a la defensiva en Europa, se encontraba preparada para penetrar en el Tercer Mundo (8). Este papel anticolonial y liberador fue el que desempeñó Moscú con Egipto en el año 1955 y el que le sirvió de apoyo para los restantes países del área.

En el año 1956, Nasser solicitó a Estados Unidos un crédito para la construcción de una presa en Assuan, cuya concesión fue rechazada por John Foster Dulles en represalia por la actitud antioccidental del líder egipcio y el reconocimiento por El Cairo del régimen de Pekín. La respuesta egipcia fue nacionalizar el canal de Suez. Gran Bretaña y Francia, con el apoyo de Israel, al temer Ben Gurion que los egipcios pudieran hacer uso de las armas checas suministradas por los rusos, propusieron a Estados Unidos atacar Egipto y derrocar a Nasser, recuperando el control sobre el Canal. Washington rechazó el ofrecimiento mientras que la Unión Soviética amenazó con la intervención de voluntarios soviéticos en defensa de Egipto. A pesar de todo, la coalición anglo-franco-israelí estaba formada y preparada tras los acuerdos de Sevres del 24 de octubre del año 1956.

El día 29 de octubre las tropas de Israel atacaron por sorpresa en el Sinaí y el día 31, tras la formalidad de un ultimátum, Francia e Inglaterra intervinieron en el conflicto. Los aviones anglofranceses bombardearon El Cairo y otros objetivos mientras los paracaidistas caían sobre Suez. Entre tanto se producía el avance de los coligados, la situación política en Budapest se complicaba tras la primera intervención soviética. En plena crisis húngara, la URSS, por medio de Bulgaria, envió a los contendientes un mensaje exigiendo el cese de los combates. Eisenhower, tras haber sido advertido por los soviéticos del riesgo de una conflagración mundial en caso de continuar la lucha, respondió a su vez con la amenaza de enviar tropas a la zona si se producía la intervención de Moscú.

Las reglas del juego de la política Este-Oeste, de la paz fría como denomina Elleinstein al período abierto en el año 1945, se impusieron de tal forma que cada una de las superpotencias se ocupó de controlar a sus aliados, al tiempo que evitaban el peligro de un conflicto directo. Eisenhower, tras duras discusiones, consiguió que sus aliados cesaran el fuego, mientras que la URSS quedaba con las manos libres para intervenir en Hungría (9). En el año 1956 se produjo en la práctica el reconocimiento mutuo por parte de las superpotencias de las respectivas zonas de influencia y de los límites de sus acciones.

---

(8) Elleinstein, Jean, *La Paix Froide. Les relations Etats Unis/URSS depuis 1950*, París, 1988, p. 156.

(9) Elleinstein, Jean, *op. cit.*, pp. 15 y ss.

Las consecuencias de los acontecimientos de Suez fueron un gran retroceso político de todo Occidente en el mundo árabe y un profundo desprestigio de Francia y Gran Bretaña, quienes vieron descomponerse sus dominios coloniales y desaparecer su influencia política sin remedio. Por su parte, la URSS conseguía en el Mediterráneo el ansiado aliado así como unas posibles bases para su Flota, todavía en construcción, gracias a los sucesos de Suez. Moscú, sin apenas medios en la zona y prácticamente sin intervenir, ya que ni siquiera llegó a enviar armas a los aeropuertos sirios, como en su momento aseguró John Foster Dulles, había obtenido una importante victoria política y diplomática en la primera ocasión en que la rivalidad entre el Este y el Oeste dejaba sus escenarios tradicionales —Europa y Extremo Oriente— para trasladarse al Mediterráneo y al Próximo Oriente. En suma, la Unión Soviética salió fortalecida de la crisis de Suez ya que su prestigio e influencia se acrecentó entre los países árabes, especialmente en Siria y Egipto.

Desde el año 1956 la presencia soviética en el Mediterráneo se hizo más habitual y, aunque la Flota de la URSS estaba aún en una fase de creación bajo la dirección del almirante Sergei Gorskhov, se produjeron una serie de visitas políticas a Latakia y Valonia, en Siria y Albania respectivamente. El objetivo de esta gira de los navíos soviéticos era incrementar el prestigio de Moscú, contrarrestar en lo posible el dominio monocolor del mar por Estados Unidos así como obtener bases y concesiones de utilización para sus buques.

La redistribución de papeles en la región tras los sucesos de Suez fue notable, destacando el retroceso de Francia y Gran Bretaña aunque Estados Unidos continuó manteniendo su prestigio al permanecer al margen del conflicto. Sin embargo, el desarrollo de los acontecimientos y el temor a la expansión soviética por esta región, impulsaron la elaboración por la Casa Blanca de la *doctrina Eisenhower*, destinada a contrarrestar las influencias de la URSS al igual que su antecesora, la *doctrina Truman*, de la que era deudora en su inspiración. El ámbito de aplicación de las nuevas tesis era exclusivamente el Mediterráneo y el Próximo Oriente y, tras su proclamación en el mes de enero del año 1957, puso de manifiesto la voluntad de Washington de no dejar a la URSS el control de la región ni la posibilidad de extender su poder por los países árabes.

En esencia, la *doctrina Eisenhower* partía de la existencia de unos propósitos expansivos de la URSS cuyo reflejo en el área del Mediterráneo Oriental era el intento de suplantar la influencia de Occidente en los países árabes y el deseo de obtener el dominio del canal de Suez, obteniendo de esta manera la posibilidad de estrangular la economía europea al controlar las rutas petrolíferas. Las medidas a adoptar según la Casa Blanca debían tener un doble plano, al igual que en su día la *doctrina Truman*. Por un lado, estaba la ayuda económica destinada a evitar que las dificultades de este tipo pudieran poner en peligro la estabilidad de los países con gobiernos prooccidentales, por otro lado, la ayuda militar con el objeto de evitar las agresiones internas y externas, es decir, para mantener la estabilidad de los gobiernos receptores de la ayuda norteamericana y evitar cualquier alteración en su composición.

La Unión Soviética reaccionó ante la postura americana intentando evitar la adhesión de los países del área a la *doctrina Eisenhower*, al tiempo que denunciaba los, a juicio de Moscú, auténticos propósitos de Estados Unidos. La respuesta de los dirigentes soviéticos fue el denominado *plan Chepilov*, proclamado en el mes de febrero del año

1957, el cual preconizaba la solución de los problemas regionales por medios pacíficos, al tiempo que reclamaba la neutralidad de los países del Mediterráneo Oriental a través de su separación de los bloques militares. Las intenciones soviéticas en el *Mare Nostrum*, destinadas a neutralizar la influencia occidental y a extender la propia por un área hasta entonces vetada a Moscú, chocaban con la incapacidad y la falta de medios para llevarlas a cabo. Como pondría de relieve años después la crisis cubana de los misiles, la Armada soviética apenas tenía medios para servir de instrumento a una política marítima de carácter expansivo.

En el año 1958 se produjo la intervención de Estados Unidos en un conflicto interno de Líbano en apoyo del presidente Camile Chamoun, cristiano maronita enfrentado a las fracciones islámicas respaldadas por Egipto, ante el temor de la extensión de las actitudes contrarias a Occidente. El desembarco americano dio lugar a las protestas de Moscú, las cuales no pasaron del ámbito verbal y diplomático, poniendo de relieve los escasos recursos militares soviéticos para mantener una presencia paralela a su creciente importancia política. La crisis libanesa, sin embargo, mostró el papel cada vez más relevante de la URSS entre los países árabes enfrentados con Israel y Occidente, garantizando a estos Gobiernos un apoyo militar y económico y acentuando su inclinación antiamericana. La intervención en el Líbano fue un error político más, que vino a sumarse a la cuenta de los cometidos por Occidente desde el año 1956, aumentando el rechazo existente entre amplios sectores del mundo árabe que veían su soberanía e independencia puesta en entredicho.

La URSS utilizó el conflicto árabe-israelí para acrecentar su prestigio e influencia utilizando tres vías: el apoyo económico, la ayuda militar y la presencia naval. Para los gobernantes soviéticos, el Mediterráneo en general y el Próximo Oriente en particular, eran zonas de gran importancia para la seguridad de la Unión Soviética y cuyo control o neutralización era necesaria, tanto desde un punto de vista defensivo como político, dadas las exigencias planteadas por las relaciones entre Moscú y los países árabes.

Tras los sucesos de Líbano, la URSS decidió impulsar su presencia real y efectiva en el Mediterráneo, utilizando el soporte que suponía la pequeña base albanesa de Valona, cuyo uso había sido concedido por el gobierno de Tirana. Fue precisamente este puerto el objeto de una visita soviética en el año 1954, viaje que supuso la primera aparición de barcos con el pabellón de Moscú fuera del mar Negro. Las intenciones soviéticas de desarrollar su Flota mediterránea se iban a encontrar con la limitación de las bases, cuestión que se vería agravada en el año 1961. En este año Albania asestó un duro golpe a lo que era ya el embrión de la *V Eskadra*, SOVMEDRON en Occidente, al inclinarse Tirana hacia Pekín en la disputa ideológica entre China y la URSS y suprimir las facilidades concedidas a esta potencia en Valona.

A pesar de la contrariedad experimentada la decisión soviética estaba tomada y así, tras la crisis de Cuba, Kruschef emprendió un ambicioso programa naval cuyo desarrollo fue muy rápido (10), siendo continuado durante la era de Breznev. Tras la incapacidad para explotar a su favor la crisis chipriota y después de la evidente falta de medios que reveló el asunto de los misiles cubanos, Moscú adoptó medidas encaminadas a aumentar su

---

(10) Zorgbibe, Charles, *op. cit.*, pp. 15 y ss.

presencia en el Mediterráneo y dotarla de los instrumentos adecuados a los objetivos políticos perseguidos. El esfuerzo dio sus frutos y en el año 1965 se produjo la aparición de la *V Eskadra*, la cual sería en el futuro el instrumento de la actuación de la URSS en el Mediterráneo a pesar del problema de las bases, el cual costreñía toda expansión naval de Moscú. La Unión Soviética se consideraba una potencia ribereña por lo que, en su pretensión de contrarrestar la potencia de la *VI Flota* estadounidense, rechazó la Convención de Montreux del año 1936, relativa al paso de buques por los estrechos y su limitación en número y tipo, pudiendo incrementar según creyera conveniente el contingente naval que tenía destacado en el *Mare Nostrum*.

En su obra sobre el Mediterráneo varias veces citada, Charles Zorgbibe afirma que la penetración soviética en este mar se llevo a cabo con prudencia y temor, sufriendo altibajos, no tomando iniciativas sino procurando utilizar los acontecimientos a su favor. Esta actitud imprimió un ritmo lento, aunque constante, a la política soviética en el Mediterráneo, la cual se enfrentaba al dominio absoluto de la *VI Flota*. Por su parte, los navíos americanos contaban con un inestimable rosario de bases —Rota, Signoella, Pireo, etc.— lo que permitía mantener continuamente su estado operacional, así como ejercer el papel de gendarmes del área con todas las facilidades, contrastando con las difíciles condiciones en lo que a puertos se refiere en que se movía la escuadra soviética.

En el año 1966 la Flota de la URSS llevó a cabo diferentes escalas en puertos de Argelia, demostrando de esta forma su voluntad de romper el marco del Mediterráneo Oriental y de extender su influencia entre los países árabes progresistas enfrentados con Occidente. De esta manera parecía que la *V Eskadra* poseía una estructura que permitía a los soviéticos ejercer aparentemente un papel de gran potencia en el ámbito mediterráneo, al tiempo que contrarrestar, en la medida de lo posible, la presencia americana sin olvidar que, en caso de conflicto generalizado con Occidente, la Flota de la URSS podía cortar las líneas de abastecimientos de petróleo de Europa. Dentro de la concepción soviética del conflicto, según la cual una guerra con Estados Unidos sería nuclear, rápida y total, los navíos podían jugar un papel importante gracias a los misiles que transportan como los SLBM y SLCM (*Sea-Launched Cruise Missile*). Todo ello contribuyó a estimular el desarrollo de la Marina rusa, la cual contaba con una serie de coacciones históricas, geográficas, etc., que la limitaban aunque entre los dirigentes del Kremlin se acabó aceptando que resultaba imprescindible contar con una Flota adecuada para ejercer el papel de superpotencia (11).

En el año 1967, con ocasión de la guerra de los Seis Días, se produjo un enorme crecimiento de la Flota soviética del mar Negro y, por lo tanto, de la *V Eskadra*. Por primera vez la presencia de la URSS en el Mediterráneo adquiría un matiz internacional al involucrarse en una crisis, y también por primera vez apareció de forma manifiesta el apoyo soviético a los países árabes (12).

La URSS prestó un decidido respaldo político y diplomático a la causa árabe, especialmente a los Gobiernos de Egipto y Siria, durante los días del mes de junio del año 1967, demostrando su inequívoca voluntad de alineamiento en el conflicto de Oriente

(11) Lacoste, Pierre, *Estrategias navales del presente*, Madrid, 1987, pp. 81 y ss.

(12) Couteau-Begarie, Hervé, «Mare Nostrum: esquisse d'une geostrategie de la Mediterranée» en *Problèmes politiques et sociaux*, número 582.

Medio, así como su intención de aprovecharlo para romper el aislamiento a que estaba sometida la iniciativa política soviética en la zona a causa del cerrojo turco. Teniendo en cuenta sus reducidos efectivos en comparación con la *VI Flota*, la actividad desarrollada por la escuadra soviética fue muy eficaz ya que, sin apenas medios, consiguió su objetivo de imponer con su presencia una limitación al conflicto. Tras la guerra, Egipto solventó las diferencias mantenidas hasta entonces con Moscú, inclinándose hacia el Este como reacción ante el apoyo prestado por Occidente y Estados Unidos a Israel. La URSS, en parte gracias a la política americana en Oriente Medio, se encontró con el camino libre para consolidar su influencia, acrecentada tras la guerra de los Seis Días.

Las consecuencias del conflicto no se hicieron esperar ya que Egipto concedió facilidades de uso a los barcos soviéticos en Marsa Matruh, Port Said y Sollum desde el año 1968. En el año 1971, aislado internacionalmente, Nasser firmó con la URSS un Tratado de Amistad y Cooperación que consagraba la penetración política de Moscú en el área mediterránea y rompía los límites tradicionales de los Dardanelos. Las razones oficiales soviéticas para explicar el establecimiento de sus barcos en los puertos egipcios fueron las habituales: *impedir las posibles agresiones de la VI Flota, es decir, reducir las amenazas a su seguridad que pudieran provenir de los barcos americanos, los cuales contaban con armamento nuclear, así como apoyar a la causa árabe ante las agresiones israelíes e imperialistas.*

Entre los años 1968 y 1971 se produjo un gran incremento de los efectivos de la *V Eskadra* (13) al calor de los establecimientos proporcionados por Egipto para ser utilizados como bases, al tiempo que culminaba la política expansiva soviética por los países árabes y el Mediterráneo. Paralelamente al afianzamiento de la URSS, las posiciones occidentales experimentaron un retroceso debido a distintos acontecimientos como el neutralismo de Malta, el golpe de Estado del coronel Gaddafi en Libia, el conflicto chipriota, etc.

Durante los años setenta, la URSS extendió su influencia y su presencia física por medio de la ayuda económico-militar y de los navíos hasta Guinea-Conakry, llegando a aparecer en el ámbito atlántico-africano en apoyo de las guerrillas que operaban en las colonias portuguesas. Esta nueva política africana de Moscú, caracterizada por el decidido respaldo a los movimientos de liberación y a los regímenes enfrentados a las potencias occidentales, y por tanto considerados progresistas, era en parte consecuencia del cierre del canal de Suez. Esta medida adoptada por El Cairo paradójicamente perjudicaba enormemente a su principal aliado ya que era el camino utilizado por los navíos soviéticos para penetrar en el Índico. El cierre de Suez, por lo tanto, no fue mal visto por Estados Unidos ya que dificultaba los movimientos de la Flota soviética, al tiempo que quedaba garantizado el suministro de crudo a Occidente, cuya dependencia energética de los yacimientos de Oriente Medio era manifiesta, gracias al desarrollo de oleoductos y superpetroleros. Por el contrario, Moscú se veía obligado a recorrer todo el continente africano para enviar sus barcos al océano Índico, por lo que tuvo que estrechar sus lazos con países costeros que permitieran a sus navíos efectuar las imprescindibles operaciones de avituallamiento con facilidad.

---

(13) Couteau-Begarie, Hervé, *ibídem*.

A principios de los años setenta la URSS había extendido su presencia e influencia dentro del *Mare Nostrum* desde Siria hasta Argelia, a lo largo de la ribera africana del Mediterráneo, aunque tan sólo poseía bases estables en Egipto. Precisamente las relaciones entre este país y Moscú empezaron desde el año 1972 a atravesar las primeras dificultades con ocasión de la muerte de Nasser y la evolución de la situación de Oriente Medio. De nuevo, ante la posibilidad de perder las facilidades de uso de los puertos egipcios, la URSS se esforzó por encontrar lugares en los que establecer su Flota en Argelia, Libia, Yugoslavia o Siria. Sólo obtuvo concesiones en este último país, futuro aliado incondicional de Moscú, aunque reducidas únicamente al puerto de Latakia.

Todos estos inconvenientes para la política de la URSS no impidieron que en el año 1973, coincidiendo con la guerra del Yom Kipur, el poderío naval soviético alcanzase su punto culminante. Los 52 barcos de la V *Eskadra* se convirtieron en 96 a raíz del conflicto, un número récord en los efectivos navales de Moscú. Este incremento de la Flota rusa provocó la alarma en Occidente y en especial de Estados Unidos, quienes temían que el Mediterráneo dejase de ser un lago americano. Aunque era innegable el desarrollo de los efectivos soviéticos en la región, la capacidad de los mismos fue, según Michel Bozdemir, muy exagerada en ciertos medios.

Este mismo autor afirma que lo sucedido en el año 1973 era la repercusión local de un fenómeno global. En los años setenta la potencia de la Flota soviética al igual que su presencia en todos los mares era indiscutible a causa de la entrada en funcionamiento de nuevos barcos. Esta circunstancia coincidió con una acentuada caída del potencia naval de Estados Unidos al retirarse todos los navíos puestos en funcionamiento durante la Segunda Guerra Mundial. Esta reducción, motivada por el envejecimiento de los buques, también afectó a otras Marinas occidentales como la británica o la española, lo que contribuye a explicar el gran desarrollo de la Marina rusa al compararse con las reducciones efectuadas en algunas escuadras del Oeste.

A pesar del gran despliegue soviético y del decidido apoyo prestado a los países árabes, así como del éxito obtenido por la V *Eskadra* con su actuación durante la guerra del Yom Kipur, al demostrar su capacidad de influir en una crisis limitando la acción de los adversarios del mundo árabe, desde el año 1973 se produjo un acentuado retroceso de la influencia política y, por consiguiente, de la presencia naval soviética en el Mediterráneo, poniendo de manifiesto como la inestabilidad de la zona daba lugar a la alteración de las alianzas establecidas. El fracaso de Sadat en el conflicto con Israel y su postura cada vez menos beligerante en el contexto de Oriente Medio, impidió que la URSS consolidase su posición en Egipto y obtuviera los frutos de la ayuda prestada. El resultado de la guerra del Yom Kipur fue el acercamiento de El Cairo a Occidente y a Israel, materializado en los acuerdos de Camp David y en el consiguiente enfrentamiento con la URSS y los países de la Liga Árabe que condenaron la actitud dialogante del nuevo *rais* egipcio.

En el año 1974 la crisis de Chipre ofreció aparentemente a la Unión Soviética una oportunidad única para intentar debilitar la Alianza Atlántica por su flanco sur, considerado tradicionalmente el más débil y menos homogéneo. El conflicto que enfrentaba a Grecia y Turquía, ambos miembros de la OTAN, suponía un hecho insólito al ofrecer el espectáculo del choque armado entre dos países integrantes de una misma

alianza, así como un innegable debilitamiento de la misma. Sin embargo, la URSS no podía intervenir directamente en el conflicto ya que los dos contendientes eran aliados de Estados Unidos y las reglas sobre las que descansaba la distensión impedían participar a cada una de las superpotencias, en cualquier crisis que se desarrollase dentro de las respectivas esferas de influencia mutuamente reconocidas. La única opción para Moscú consistía en esperar la remota posibilidad de que Grecia o Turquía abandonasen la OTAN. La crisis chipriota, por lo tanto, se desarrolló sin que la URSS llevase a cabo ninguna acción.

Aunque durante los primeros años de la década de los setenta se habían producido en el Mediterráneo algunos acontecimientos que podían representar un aparente retroceso de las posiciones occidentales —la neutralidad de Malta, la actitud antioccidental de Libia, el conflicto chipriota, etc.—, la realidad mostraba una manifiesta incapacidad e imposibilidad soviética para orientar a su favor cualquier conflicto regional y aprovechar alguno de los sucesos referidos. A todo esto había que añadir el empeoramiento de la infraestructura de la Flota soviética a causa del progresivo distanciamiento entre El Cairo y Moscú desde el año 1973.

En el año 1975 los dirigentes soviéticos tenían como objetivos prioritarios de su política exterior otros escenarios distintos del Mediterráneo, de ahí la escasa atención concedida a esta región así como el rápido y acentuado retroceso soviético en la misma. Hay que tener en cuenta que entre los años 1969 y 1975, las relaciones entre la Unión Soviética y Estados Unidos atravesaron un período de bonanza, cuyo reflejo principal fue el reconocimiento de la paridad nuclear entre ambas superpotencias, así como la firma de varios tratados bilaterales. Al mismo tiempo, durante este período el Mediterráneo vio como se acentuaba su carácter de escenario secundario dentro de los objetivos políticos de los gobernantes soviéticos, empeñados en otras cuestiones.

El relajamiento de la tensión entre el Este y el Oeste culminó en el año 1975 con la Conferencia de Helsinki, dentro de la Conferencia sobre Seguridad y Cooperación en Europa (CSCE), en cuya acta final se reconocían como inamovibles las fronteras europeas surgidas de la Conferencia de Yalta en el año 1945. Todo ello representaba un indudable éxito para la URSS al consolidarse internacionalmente su cinturón de seguridad europeo, algo fundamental dentro del tradicional sistema defensivo soviético, al tiempo que dejaba lugar para la expansión por otros lugares del mundo no reconocidos como partes integrantes de las respectivas zonas de influencia (14). Probablemente las posteriores iniciativas de Moscú en África y Asia obedecieron, entre otras razones, a los resultados de Helsinki. Sin embargo, aunque en apariencia la URSS había alcanzado la paridad y acortado distancias con Occidente, la realidad era la debilidad militar soviética frente a sus enemigos potenciales, especialmente en el mar (15).

Al mismo tiempo que se acentuaba la erosión de las posiciones soviéticas en el Mediterráneo se producía la expansión de la URSS por el continente africano, coincidiendo con período de aislacionismo de Estados Unidos surgido tras el trauma

---

(14) Tussel, Javier, *La URSS y la Perestroika desde España*, Madrid, 1989, pp. 110 y ss.

(15) Halliday, Fred, *La política exterior de la URSS, en el sistema soviético hoy*. Edición de Fernando Claudin, Madrid, 1984, pp.14 y ss.

vietnamita. La crisis del Líbano, abierta en el año 1976, se desarrollaba sin la participación de la URSS, lo cual suponía un detrimento para la influencia de esta superpotencia, aunque de menor importancia que el representado por el acercamiento de Egipto, Israel y Estados Unidos, culminado en los Acuerdos de Campo David del año 1978. Las consecuencias de las conversaciones entre Sadat y el primer ministro israelí Mennahen Begin no llevaron la paz a Oriente Medio, pero sí provocaron la salida de los navíos soviéticos de Egipto, tras la denuncia por El Cairo del Tratado de Amistad y Cooperación firmado con Moscú. La ruptura entre los antiguos aliados dio lugar a la pérdida de las bases con que contaba la URSS en el Mediterráneo, así como el alineamiento de Egipto en el bloque occidental y, por consiguiente, a una alteración del equilibrio regional en perjuicio de los intereses soviéticos. Por el contrario, todo lo sucedido desde el año 1977 implicaba tal reforzamiento de las posiciones estadounidenses en el área que supuso el control absoluto del *Mare Nostrum*, ante el cual nada podía hacer la *V Eskadra*, carente de bases en las que instalarse y sin posibilidad de efectuar un adecuado despliegue.

Desde el año 1975 comenzaron a registrarse los primeros rasgos de enfriamiento en las relaciones entre los dos grandes, acabando con el breve período de distensión y dando paso a una etapa de expansión soviética desconocida desde la Segunda Guerra Mundial, la cual culminó en el año 1979 con la invasión de Afganistán. Los gobernantes de Moscú, aprovechando la crisis que atravesaba Estados Unidos tras el fracaso de Vietnam y el rebrote de aislacionismo que surgió en la sociedad americana, junto a la titubeante política exterior del presidente Carter, decidieron intervenir en África con decisión aprovechando los conflictos coloniales que enfrentaban a las diferentes organizaciones independentistas entre sí y con las antiguas potencias coloniales. La ayuda soviética se incrementó desde el año 1975 en favor del Frente de Liberación de Mozambique (FRELIMO) de Samora Machel en Mozambique y del movimiento liderado por Cabral en Guinea-Bissau, pero, sobre todo, respaldando en Angola al Movimiento para la Liberación de Angola (MPLA) de Agostinho Neto en un complicado conflicto civil frente a Unidad Nacional para la Independencia Total de Angola (UNITA), grupo guerrillero apoyado por Suráfrica. La presencia soviética en el área atlántica se completó con la intervención en la zona oriental del continente al respaldar a la Junta Militar que había derrocado a Haile Selasie en Etiopía. La penetración de la URSS se consolidó con el nuevo hombre fuerte de Etiopía, el coronel Megistu Haile Mariam, quien se orientó claramente hacia Moscú, consiguiendo sus dirigentes controlar en gran parte el Cuerno de África, situación a la que no era ajena la preponderancia soviética en Yemen del Sur. Todas estas acciones las llevó a cabo la URSS por medios interpuestos, es decir, a través de tropas cubanas, asesores del Este europeo y pilotos vietnamitas, coreanos o sirios, excepto en el caso de la guerra entre Etiopía y Somalia, en la cual la presencia soviética fue inequívoca y numerosa.

Todos estos acontecimientos suponían una progresiva pérdida de intereses por el Mediterráneo en los objetivos de la política exterior de la URSS, aunque siempre fue considerada como una región de primer plano en las perspectivas de Moscú por su indudable importancia estratégica y política, así como por el carácter ribereño de la URSS. No obstante, la Flota soviética del Mediterráneo, la *V Eskadra*, experimentó desde el año 1980 una importante reducción de sus efectivos que quedaron fijados en un 15 por 100 del contingente habitual, lo que confirmaba el retroceso de Moscú en la región.

Esta retirada soviética representaba sin embargo algo más profundo y con mayores repercusiones que el resultado de una simple maniobra o coyuntura política. Suponía la evidencia del fracaso del modelo de sociedad ofrecido por la Unión Soviética a los países ribereños del Mediterráneo, en especial a los países árabes. La pérdida de influencia y de atractivo del marxismo-leninismo como ideología y del modelo social propuesto por el socialismo real, se puso de manifiesto en estos países con su alejamiento político de la Unión Soviética. A este fracaso político e ideológico de Moscú en el mundo árabe, se unió el de los modelos laicos ofrecidos por Occidente a causa de su ineficacia para solucionar problemas como el desarrollo y la dependencia de los antiguos países coloniales, al tiempo que se revitalizaba el islamismo como opción política (16).

Aunque la URSS conservaba aparentemente firmes apoyos como el régimen sirio de Hafez el Assad, esta vinculación obedecía más a la necesidad por parte de Damasco de armamento y de apoyo político de una de las superpotencias a causa de la política de firmeza seguida frente a Israel en el conflicto de Oriente Medio, lo que no impedía que el régimen de Damasco mantuviera una política relativamente autónoma. Los intentos soviéticos de penetrar en el Mediterráneo encontraron siempre en el islam una barrera tan infranqueable como el capitalismo. No hubo entre el campo socialista y el mundo árabe un verdadero entendimiento a causa de las acusadas diferencias culturales e ideológicas puestas de relieve desde los primeros momentos de la Revolución de 1917 a pesar de los intentos por conciliar marxismo e islam de la mano de figuras como la de sultán Galiev, trágicamente fracasadas. Así, los árabes contemplaron a la URSS sólo como un aliado coyuntural contra Israel y el colonialismo occidental (17), nunca como un modelo global a imitar.

A principios de los años ochenta se acentuó la tensión entre los dos «Goliath» debido entre otras circunstancias a la invasión soviética de Afganistán, hecho que supuso el punto culminante de la expansión de la URSS desde el año 1975, y cuyas etapas habían sido Etiopía, Angola, Vietnam, Camboya, Yemen del Sur, etc. Todo ello dio lugar a lo que varios autores como Fred Holliday o Noam Chomsky han llamado la segunda guerra fría (18) por los rasgos comunes que, a su juicio, existían entre la posguerra y los primeros años ochenta.

Los escenarios de esta nueva fase de tensión entre las potencias no incluían entre los principales al Mediterráneo, como ocurrió en parte durante los años 1945-1956, aunque esta región experimentó un enorme incremento en los efectivos y en las acciones de Estados Unidos desde la elección como presidente de Ronald Reagan. En efecto, la nueva política de Washington contrastaba con la conducta seguida hasta entonces por Jimmy Carter, definida por la indecisión del presidente y el enfrentamiento en el seno de su administración entre Zbigniew Brzezinski, más radical hacia la URSS, y Cyrus Vance, más moderado. Desde el año 1981 los republicanos aplicaron medidas más enérgicas frente a la Unión Soviética y los países considerados enemigos por Estados Unidos como Irán, Libia, la Organización para la Liberación de Palestina (OLP), Nicaragua, etc. En lo que al Mediterráneo se refiere, esta política se manifestó por medio de una contundente

---

(16) Hassan Hanafi, «Los orígenes de la violencia en el islam contemporáneo», en *Desarrollo*, número 12.

(17) Crouzatier, Jean Marie, *Geopolitique de la Méditerranée*, Toulouse, 1989, p. 81.

(18) Pereira, Juan Carlos, *Historia y presente de la guerra fría*, Madrid, 1989, p. 82.

respuesta contra los aviones libios en el golfo de Sirte en el año 1981, el primero de una serie de incidentes en una zona que Trípoli reivindicaba como propia. Estos sucesos reflejaban el reforzamiento de la *VI Flota* como expresión del esfuerzo llevado a cabo por la Administración Reagan para modernizar y revitalizar la Armada estadounidense (19). Por otro lado, entre los años 1980 y 1982, las posiciones occidentales en el Mediterráneo parecían mantenerse, especialmente al producirse en Egipto la difícil sucesión del asesinado Anuar el Sadat por Hosni Mubarak, quien logró mantener las relaciones con Israel y Estados Unidos al tiempo que recuperar en parte su posición en el mundo árabe.

En el año 1982 la estabilidad del Mediterráneo, amenazada por la creciente tensión libio-americana, se hizo aún más precaria por la invasión israelí del Líbano. La operación «Paz en Galilea» supuso la intervención de Israel en el conflicto del Líbano con el objetivo de acabar con la OLP y el peligro proveniente del Norte, así como un agravamiento de la tensión en Oriente Medio. El enfrentamiento se saldó una vez más con una aplastante victoria del Tsahal, quien se impuso a las fuerzas de la OLP y al Ejército sirio, aunque no llegó a alcanzar una victoria política debido a que en el fragmentado espacio político libanés, aparecieron y se organizaron grupos shiíes, como Hezbollah y Amal, más radicales que la OLP, al tiempo que continuaba la presencia siria en todo el país. A lo largo del conflicto que se desarrolló en Oriente Medio durante el año 1982, la URSS no intervino en ninguna de las fases del mismo, contemplando pasivamente como los sirios eran derrotados en el valle de la Bekaa por la aviación israelí. Una de las razones por la que la actitud de Moscú no rebasó la esfera de lo testimonial fue la necesidad de restringir el conflicto a unos determinados límites que impidiesen su escalada. No obstante, aunque se consiguió evitar que una nueva guerra árabe-israelí pudiera degenerar en un choque entre las superpotencias, el prestigio de la URSS se resintió por el resultado del conflicto, negativo para los aliados de Moscú, poniéndose de manifiesto el cada vez más escaso peso político de los soviéticos en la región mediterránea. Aunque la URSS mantenía entrecos vínculos con Siria y Libia, las relaciones bilaterales se limitaban prácticamente a la cesión de armas por parte de la Unión Soviética, especialmente necesarias para unos regímenes sometidos a embargo por Occidente. Los soviéticos por tanto no tenían mayor crédito en el entorno político y social de la zona, sin apenas influir en la clase política y en los ciudadanos de estos países. La conclusión era que la Unión Soviética había fracasado en el intento de mantener su influencia en la región, contemplando sin poder actuar como se producía una alteración de alianzas que cambió de bando a Egipto (1976), Sudán (1979) y Somalia. En los años ochenta Moscú tan sólo conservaba firmes posiciones en Siria, Yemen del Sur e Irak, con quien había firmado en el año 1972 un tratado de amistad.

La URSS, al igual que Estados Unidos, tradicionalmente había optado por apoyar, independientemente de su carácter y condición, a los regímenes enfrentados con las potencias occidentales, pero se encontró con que los acontecimientos se desarrollaban sin su intervención, permaneciendo al margen de las iniciativas y sucesos que se producían en un área considerada de importancia vital por la condición de ribereña de la URSS. Las intervenciones e incidentes de Estados Unidos en Libia y Líbano entre los

---

(19) Couteau-Begarie, Hervé, *op. cit.*

años 1981 y 1989, no produjeron ninguna reacción de Moscú, quien se limitó a condenar la acción norteamericana pero sin tomar otras medidas que implicasen al Gobierno soviético. Este proceso se desarrollaba en un momento crítico para la URSS, que contrastaba con el período de firmeza que representaba para Estados Unidos la Administración Reagan o el robustecimiento de las posiciones occidentales en el Mediterráneo al producirse la integración de España en la CEE y, sobre todo, en la OTAN.

En el año 1982, con ocasión de la muerte de Breznev, se percibió con toda intensidad la crisis general que atravesaba la URSS. Las dificultades económicas se revelaban críticas al finalizar la década de los años setenta por lo que la agresiva política exterior mantenida en los últimos años supuso una pesada carga política y económica para el sistema, aunque era obligada a causa del papel de superpotencia que pretendía jugar la URSS. Hasta ese momento una enérgica actuación en el extranjero y una importante capacidad militar habían conseguido ocultar el inmovilismo interno, la crisis política y las dificultades económicas, manifestadas éstas últimas en el profundo estancamiento de la producción de alimentos y bienes de consumo, en la ineficacia de la agricultura e industria y en el alarmante retraso tecnológico. Por sí mismo para describir un sistema en estado crítico, todo el aparato político fue sometido a una dura prueba con ocasión del fallecimiento de los tres máximos dirigentes soviéticos entre los años 1982 y 1985. Según Jean Elleinstein, el largo interregno de la Unión Soviética se abrió en el año 1977 con ocasión de la enfermedad del secretario general y culminó en el año 1985 con la elección de Mijail Gorbachov para el mismo cargo. En marzo del año 1982 moría M. Suslov, pilar e ideólogo del régimen soviético, y, en noviembre del mismo año, fallecía Leonidas Breznev, sucediéndose en dos años y cuatro meses tres secretarios generales, Y. Andropov, K. Chernenko y M. Gorbachov. Al igual que sucedió en Roma en el momento de morir Nerón, el llamado año de los cuatro emperadores, la URSS se vio debilitada por las sucesiones repetidas en un sistema que, al igual que el período del Alto Imperio, no había previsto ningún mecanismo para efectuarlas.

Tras la muerte de Breznev, su sucesor Yuri Andropov se planteó la necesidad de llevar a cabo una serie de reformas, especialmente sociales y económicas, que corrigiesen las disfunciones e insuficiencias que afectaban la sociedad soviética. En lo referente a la política exterior, la tensión Este-Oeste conoció una cierta relajación por primera vez desde finales de los años setenta, reflejándose en la reanudación de las conversaciones sobre desarme con Estados Unidos y en la posibilidad de una retirada de la URSS de Afganistán. Todo ello, sin embargo, revelaba el fracaso final y la escasa rentabilidad de la política exterior soviética, cuyas aventuras habían supuesto un enorme coste político, social y económico sin ningún éxito real, como ponían de manifiesto las tres grandes cuestiones de los primeros años ochenta: Afganistán, Polonia y el asunto de los euromisiles.

En el año 1985, tras los fugaces mandatos de Andropov y Chernenko, el Comité Central eligió como secretario general a Mijail Gorbachov, un relativamente joven miembro del PCUS. Éste, recogiendo los principios de una corriente reformista existente entre la *Nomenklatura*, emprendió un programa de reformas más allá de lo previsto por

Andropov, tras el intento de retornar al período de Breznev que representó el mandato de Chernenko.

En lo que a política exterior se refiere, la política de Gorbachov tuvo un efecto inmediato: el rápido deshielo entre la URSS y Estados Unidos desde el año 1985. De esta manera la Conferencia de Reijjavik entre los dos máximos dirigentes, el abandono de la doctrina Breznev y el Tratado de Washington en diciembre del año 1987, se llevó consigo los restos de la guerra fría transformando rotundamente el mundo surgido de la Segunda Guerra Mundial así como la tradicional visión soviética del exterior.

Se puede afirmar que Gorbachov era consciente del fracaso de la política soviética fuera de sus fronteras, haciendo de su transformación uno de los pilares de la *perestroika* y un elemento necesario para ulteriores cambios en el interior. La crisis generalizada que atravesaba la URSS, junto con el cambio acontecido en los principios inspiradores de su política, trajeron consigo un repliegue paulatino pero constante de Moscú en el exterior.

Durante los primeros años del Gobierno de Mijail Gorbachov quedó confirmado el carácter de «lago americano» del Mediterráneo, así como el papel de gendarme ejercido por Estados Unidos en este mar, aún en contra de los deseos de sus aliados de la OTAN. En el año 1986 los aviones de VI Flota, junto a otros F-111 procedentes de bases situadas en Gran Bretaña, bombardearon Trípoli y Bengasi en un espectacular *raid* con el objetivo de eliminar al coronel Gaddafi y en represalia por un atentado efectuado contra un local berlinés frecuentado por oficiales americanos.

Este ataque no fue la primera vez que enfrentó a libios y estadounidenses ni sería la última intervención americana en el Mediterráneo, aunque sí resultó la acción más espectacular en este área a cargo de Estados Unidos. La VI Flota ya había efectuado en el año 1984 un ataque sobre posiciones chiíes en el Líbano que resultó un auténtico anacronismo por los medios utilizados, los grandes cañones del acorazado *New Jersey*, y por representar una buena expresión de la llamada «política de la cañonera». La Marina norteamericana se desplegó también frente a las costas libanesas en los años 1985 y 1987 y el golfo de Sirte en los años 1981, 1986, 1989, culminando esta última maniobra con un incidente entre aviones libios y americanos que se saldó con el derribo de dos *Mig* en Trípoli. En el año 1987 la precaria estabilidad del Mediterráneo se vio alterada de nuevo por la acción exterior israelí. Este país, en su afán por acabar con la OLP, no ha respetado fronteras ni normas de Derecho Internacional, como demuestra el bombardeo de la sede palestina por la aviación de Tel Aviv en Túnez. Esta acción puso en evidencia la debilidad de muchos países árabes ante posibles agresiones de Israel y reveló la impunidad de estos actos, excitando los sentimientos más radicales del mundo islámico e incrementando la tensión en la región.

Todos estos acontecimientos se desarrollaron sin la intervención de la Unión Soviética en apoyo de sus tradicionales aliados en la región, lo que manifestaba la intensidad del retroceso soviético, tanto política como militarmente, en el área mediterránea durante los años ochenta a causa de sus dificultades internas. Hay que tener presente que la política de Mijail Gorbachov había impuesto una nueva estrategia que concedía una mayor importancia a las posturas defensivas, «defensa suficiente», así como unos recortes en el presupuesto militar que necesariamente afectaron a la Flota soviética, la cual se enquistó

en unos reducidos efectivos, prácticamente inmovilizados en áreas muy concretas del Mediterráneo. Aunque para Moscú la región revestía un interés estratégico de primer orden, la tradicional ausencia de bases así como la crisis interna que atravesaba la Unión Soviética junto con el período de distensión abierto desde el año 1985, condujeron a una situación de atonía en lo que al papel y actividad de los soviéticos en el área se refiere. Las iniciativas de los dirigentes del Kremlin en la región mediterránea durante los últimos años ochenta, fue consecuente con las directrices generales de la política exterior de la Unión Soviética y estuvieron encaminadas a consolidar, y en lo posible ampliar, los establecimientos con que contaba la *V Eskadra* en Libia y especialmente en Siria. El resultado fue la modernización del puerto sirio de Tartus en el verano del año 1988, con la intención de convertirlo en la gran base que necesitaban los navíos de la URSS, logrando evitar desplazarse al mar Negro para tareas que exigían a los navíos recalar en un puerto (20).

El *Mare Nostrum* también ha ocupado un lugar destacado en las continuas propuestas de desarme y diálogo efectuadas por Gorbachov. En fechas tan tempranas como en el año 1986, el líder soviético, con ocasión de su visita a Yugoslavia, expuso ante el Parlamento de este país sus propuestas para una retirada de los efectivos militares en el Mediterráneo, proponiendo medidas de confianza que incluyeran a los países ribereños. La Unión Soviética, aunque reconocía la existencia de unos intereses propios que considera legítimos en una región definida por un mar que baña sus costas, optó por la extensión a esta zona de las iniciativas de desarme propuestas para otras áreas (21). Es indudable que en el año 1987 la distensión entre los dos grandes se extendía ya al Mediterráneo. Así, en el número correspondiente al mes de marzo del año 1986, *Pravda* declaraba que la URSS estaba dispuesta a aportar los medios necesarios para garantizar la seguridad de las grandes vías de navegación, especialmente en los estrechos, así como a retirar los navíos portadores de armas nucleares, con la intención de concluir en el despliegue de todas las fuerzas militares del *Mare Nostrum*. Tras proclamar que el Mediterráneo era una región en la que existían numerosos conflictos que exigían desde hace años una solución, Moscú declaraba comprender el deseo de los países no alineados de sus riberas de reafirmar la seguridad de la zona, al tiempo que resaltaba la necesidad de reemprender el diálogo con todos los países implicados en los problemas regionales (22).

Estas propuestas soviéticas fueron acogidas inicialmente con cautela por Estados Unidos y aquellos países de la Alianza Atlántica con intereses en la zona mediterránea. Muchos gobiernos europeos veían en el flanco sur de la OTAN una de las partes más débiles de su estructura defensiva así como un área de extrema inestabilidad, fronteriza con regiones de alto riesgo bélico como Oriente Medio, y de gran importancia estratégica por las vías comerciales que atraviesan el mar. Todo ello obligaba, desde el punto de vista occidental, a mantener una presencia constante en forma de navíos a cargo de la Flota francesa y, sobre todo, de los barcos estadounidenses.

(20) *Herald Tribune*, 29 de agosto de 1988.

(21) Alexeev, Anatoli, «Sur le baromètre politique», *Tiempos Nuevos*, agosto, 1987 en *Problemes Politiques et Sociaux*, número 582.

(22) Alexeev, Anatoli, *ibidem*.

Como conclusión podemos afirmar que hasta el fin de la guerra fría, la presencia de la Unión Soviética en el Mediterráneo se caracterizó por llevar a cabo una proyección discontinua y aleatoria, pero constantemente mantenida con el fin de evitar los obstáculos que representaban tanto China como especialmente Europa, estabilizada tras los acuerdos de Yalta y bloqueada a cualquier penetración gracias a las capacidades defensivas desplegadas por la OTAN. Sin embargo, como ya hemos señalado, Moscú encontró en el islam un obstáculo casi tan firme como Occidente. Para lograr este fin inalcanzado y, de acuerdo con sus aspiraciones expansivas de superpotencia, la Unión Soviética, aumentó su Armada y su presencia en el Mediterráneo de manera constante desde el año 1945.

Las diferentes características entre la Flota soviética y norteamericana en el área mediterránea revelaban los distintos objetivos perseguidos y la distinta concepción de su presencia en el *Mare Nostrum*. Según Jean Marie Crouzatier, la *Eskadra* soviética tenía como objetivo primordial contener la expansión de Estados Unidos e impedir en caso de necesidad toda agresión y amenaza procedente de este mar. La Armada soviética en consecuencia tenía una función eminentemente defensiva por lo que sólo poseía limitadas posibilidades de intervención, concediendo especial importancia a las armas submarinas. De esta forma, los portaaviones, las Fuerzas Anfibas y las de Infantería de Marina, todos ellos elementos ofensivos, tenían poco relieve en el conjunto de las Fuerzas Navales soviéticas en comparación con Occidente. Al mismo tiempo, la *Eskadra* contaba con notables debilidades como una capacidad antisubmarina deficiente, una insuficiente defensa aérea y un apoyo logístico limitado, no contando en el área, como ya hemos visto, con el beneficio de estructuras portuarias de verdadera importancia. La Flota soviética, aunque ha sido más numerosa que la VI Flota en ciertas ocasiones, ha tenido unas inferiores capacidades de fuego y acción en comparación con la Armada norteamericana (23).

A lo largo de este período, las superpotencias han pugnado por lograr el alineamiento de los distintos países ribereños en sus respectivos bloques, contribuyendo con estas iniciativas al aumento de la tensión propia de la guerra fría. A estas acciones no resultaban ajenos los gobiernos de los distintos países mediterráneos al aprovechar en beneficio de sus intereses nacionales la rivalidad Este-Oeste, fuera de cualquier consideración ideológica.

Durante los años 1988 y 1989 la Unión Soviética efectuó un acercamiento a Israel mediante la visita del ministro de Asuntos Exteriores Edvard Shevardnadze a Tel Aviv, que culminó con el anuncio del restablecimiento de relaciones realizado a fines del año 1990. Al mismo tiempo, Moscú desarrolló una mayor tolerancia hacia los judíos soviéticos y sus deseos de emigración, lo que supuso la ruptura del tradicional y unívoco alineamiento de la URSS con los países árabes desde principios de los años cincuenta, definitivamente confirmado con la condena de Irak tras la invasión de Kuwait en el año 1990.

Los efectos producidos por la guerra fría, se manifestaron claramente en el mundo mediterráneo con ocasión de la *Cumbre de Malta*. En los últimos días del mes de noviembre del año 1989, Mijail Gorbachov, en un viaje a Italia previo a la reunión con el

---

(23) Crouzatier, Jean Marie, *op. cit.*, pp. 78-79.

presidente Bush en la isla de Malta, recaló sus deseos de establecer conversaciones sobre las Fuerzas Navales y el despliegue militar de las dos potencias en el Mediterráneo, abundando en lo declarado en Belgrado en el año 1986. Más concretamente, el líder soviético propuso en su discurso romano iniciar consultas con Estados Unidos, Italia y el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas sobre la presencia de los efectivos de las dos potencias en el Mediterráneo, al tiempo que abrir una ronda de consultas entre los países ribereños y Washington con la intención de evitar incidentes. Poco antes el Pentágono confirmó que se había efectuado la retirada de alguna unidad de la *V Eskadra* como gesto soviético de buena voluntad, pero la postura americana seguía firme en su decisión de rechazar la incursión de los efectivos navales en las conversaciones sobre armamento convencional celebrados en Viena.

Las propuestas de Mijail Gorbachov se produjeron dentro del plan preparativo de la Conferencia que se celebró en Palma de Mallorca en el año 1990 sobre el Mediterráneo, y en las cuales se incluían recomendaciones para establecer contactos entre Este y el Oeste sobre problemas económicos. No obstante, el líder soviético no dejó pasar la ocasión para reprochar la desidia de Washington para establecer conversaciones sobre cuestiones navales.

En el año 1990 las iniciativas en favor de una Conferencia sobre Seguridad y Cooperación Mediterránea que se realizaron en el seno de la CSCE lanzadas por Francia, Italia y España, han encontrado un rápido eco en la Unión Soviética, cuya política hacia el *Mare Nostrum*, tras la desmantelación del sistema del socialismo real y la crisis global en que se encontraba sumida, en nada tenía que ver con la llevada a cabo hasta el año 1989.

La desaparición de la URSS en el año 1991 y su sustitución por la confusa Confederación de Estados Independientes ha supuesto el fin de la *V Eskadra* así como el surgimiento de una potencia naval: Ucrania. Este nuevo Estado comparte con Rusia, no sin dificultades, el mando de la Flota del mar Negro anclada en el ucraniano puerto de Sebastopol en condiciones difíciles, tras haberse logrado en el mes de agosto del año 1993 un acuerdo que fijaba la repartición al 50 por 100 de sus efectivos. Rusia, antes de la independencia de Ucrania, consiguió llevar al Báltico el principal buque de la Flota del mar Negro, el portaaviones *Almirante Kuznetsov*, evitando que quedara en los puertos de la península de Crimea ahora bajo soberanía de Kiev. Hay que tener en cuenta que el Gobierno nacionalista de Leonidas Kravchuk había optado, dentro de una política nacionalista de prestigio a ultranza, por negarse a transferir a Rusia la titularidad de la Flota con la intención de convertirse en una potencia naval capaz de controlar el mar Negro, cuyas aguas están rodeadas de varios conflictos como los de Georgia, Abjasia, Armenia y Azerbaiyán o la guerrilla kurda, que amenazan la seguridad regional.

Esta pretensión chocaba con los intereses de Rusia, la cual no está dispuesta a renunciar en favor de Kiev a unos buques que permiten afianzar la presencia de Moscú en un área especialmente conflictiva y en unas aguas tradicionalmente consideradas propias. También hay que señalar que la capacidad económica y tecnológica de Ucrania es insuficiente para mantener siquiera su parte de la Flota del mar Negro o para culminar la política de construcción naval iniciada por la antigua URSS en los astilleros de Nikolaiev, por lo que su futuro próximo como potencia marítima es difícil. No obstante, conviene indicar que todo lo señalado se reduce al interior de los Dardanelos ya que el

Mediterráneo, por razones de fuerza mayor, ha dejado por ahora de ser una región de interés en el actual panorama estratégico de Rusia o Ucrania.

Desde el año 1989 los acontecimientos se han sucedido a un ritmo vertiginoso, culminando en el año 1991 con la desaparición de la URSS y del bloque del Este no sólo como superpotencia sino como entidad política. Todos estos hechos, que han merecido el justo nombre de Revolución de 1989, han cerrado un largo período histórico. Aunque con menor espectacularidad que en otros lugares, todo ello ha afectado decisivamente al Mediterráneo ya que, en lo que a la cuestión naval se refiere, ha desaparecido una de las dos Flotas que habían convertido a este mar en escenario de su rivalidad. Hoy día sólo perdura la *VI Flota* y los efectivos navales de los países ribereños, ocupados en escenarios diferentes a los de la guerra fría, fruto de un nuevo contexto internacional. Ahora, cuando la paz avanza en Oriente Medio y retrocede en los Balcanes y cuando los problemas económicos, sociales y demográficos del Magreb exigen una nueva relación entre el Norte y el Sur, se aprecia con claridad que la capacidad naval de las antiguas superpotencias ha dejado de ser un instrumento válido de práctica política para convertirse en historia.